

Cambio climático: Un fenómeno alimentado por la desigualdad

Climate Change: a phenomenon fueled by inequality

Claudia Donoso S.¹

RESUMEN

Actualmente el cambio climático antropogénico –comprendido como la manifestación más difundida del Antropoceno– es catalogado como el mayor desafío de nuestro tiempo, debido a los impactos que sobre el bienestar y funcionamiento de las comunidades y los ecosistemas tiene el aumento anormal de la temperatura ambiental. Sin embargo, en este escenario no todos los países ni todas las personas se hallan expuestas al mismo tipo y grado de riesgo. Al respecto, la literatura es enfática en sostener que los efectos del cambio climático reproducen las desigualdades entre ricos y pobres, pues los grados de vulnerabilidad, capacidad de adaptación y mitigación expresan una relación inversamente proporcional a la riqueza de los países y las personas. Esta es la razón por la cual las personas más precarizadas, y dentro de estas, las personas de la calle, son quienes experimentan con mayor rigurosidad los efectos derivados de este fenómeno.

Palabras clave: Cambio climático, Antropoceno, desigualdad, pobreza.

ABSTRACT

Currently, the anthropogenic climate change –understood as the most widespread manifestation of the Anthropocene– is classified as the greatest challenge of our time, due to the impact that the abnormal rise in environmental temperature has on the well-being and running of communities and ecosystems. However, in this situation, not all countries nor all people are exposed to the same type and degree of risk. In this regard, the literature is emphatic in upholding that the effects of climate change reproduce the inequalities between rich and poor since the degrees of vulnerability, adaptability, and mitigation express an inversely proportional relationship to the wealth of countries and people. This is why the most precarious people, including the homeless, are those who experience the effects of this phenomenon with greater rigor.

Keywords: climate change, Anthropocene, inequality, poverty

1. UN ESCENARIO QUE SE APROXIMA

Doce de diciembre, año 2100. La humanidad no fue capaz de detener el avance del calentamiento global y la temperatura media del planeta sobrepasó con creces los 2°C.

En este escenario, las olas de calor y los incendios forestales son cada vez más frecuentes (IPCC, 2018). Las precipitaciones extremas azotan con especial rigor las latitudes altas del hemisferio Norte, del este de Asia y de América del Norte. En tanto la sequía se convierte en la nueva normalidad en Europa meridional, Centroamérica y el Norte de África (IPCC, 2018). Simultáneamente los océanos continúan su proceso de calentamiento, el hielo marino del Ártico prácticamente ha desaparecido y el nivel del mar se incrementa en varios metros (IPCC, 2018).

Recibido el 1 de abril de 2020. Aceptado el 2 de junio de 2020

1 Cirujano-Dentista, Mg en Bioética, Mg en Filosofía, profesora conferenciante Facultad de Ciencias de la Salud. Universidad de Talca. Correo electrónico: eldonoso@utalca.cl

La crisis alcanza cada vez mayor complejidad. Hay poca agua, especialmente en las regiones secas subtropicales, y los conflictos por la apropiación de los escasos recursos hídricos disponibles marcan pauta a nivel internacional. El calor, la falta de agua, los eventos meteorológicos extremos, las inundaciones y la alteración de los ecosistemas han afectado directamente la productividad de los cultivos, y con ello la estabilidad de los precios. Las enfermedades por vectores aumentan exponencialmente, tanto así, que solo en América Latina se registran 8 millones más de casos anuales de dengue. La gente, más pobre y vulnerable primero, como siempre, comienza a perecer, ya sea porque no soportó el calor, no logró escapar de los incendios, o de la inundación según sea el caso, no contó con el dinero suficiente para comprar alimento y agua o, simplemente, porque contrajo una enfermedad derivada de las condiciones precedentes. Los y las migrantes ya no se movilizan exclusivamente debido a los conflictos bélicos desarrollados en sus países, sino también porque el cambio climático volvió inhabitable los territorios o, peor aún, el mar se apropió de estos (IPCC, 2018). Por su parte, las distintas regiones sujetas a movimientos nacionalistas exacerbados, escasez de recursos hídricos y alimentarios, crisis económicas y sobrepoblación no querrán hospedarlos. La tensión crece día a día, y finalmente se desata la guerra. ¿Nuclear?, posiblemente.

Contrariamente a lo que pudiera imaginarse, este relato no corresponde a la sinopsis de una película hollywoodense de corte apocalíptico, sino a las proyecciones estimadas por parte del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de Naciones Unidas (IPCC por sus siglas en inglés), ante los fracasos en el control de las emisiones. Sin embargo, y a pesar de lo que pudiera suponerse, este panorama no peca de alarmista, por el contrario, la cautela es la rúbrica que guía el diseño de tales estimaciones. De hecho, investigaciones recientes sostienen que dichos modelos podrían estar subestimando el real alcance del calentamiento, ya que las temperaturas, en razón de los procesos de retroalimentación, podrían incrementarse en torno a los 4 y 5 grados celsius para fines de este siglo (Wallace-Wells, 2019, p.23).

En este contexto, es claro que no todos los países ni todas las personas se hallarán expuestas al mismo tipo y grado de riesgo. Al respecto, la literatura es enfática en señalar que los peligros asociados al cambio climático profundizan las

desigualdades entre ricos y pobres, pues los grados de vulnerabilidad, capacidad de adaptación y mitigación tienen una relación inversamente proporcional a la riqueza de los países y las personas. En pocas palabras, a mayor pobreza mayores riesgos, dada la menor capacidad técnica y financiera de las partes para enfrentar los daños y las pérdidas. Por ejemplo, de los diez países más afectados por las consecuencias del cambio climático entre los años 1999 y 2018, siete son países en desarrollo de ingreso bajo o medio bajo; dos son países de ingreso medio alto, y solo uno es una economía avanzada de ingreso alto (Eckstein, Künzel, Schäfer & Wings, 2020, p.4).

De esta manera el cambio climático antropogénico en particular, así como la crisis ecológica en general, nos enfrenta directamente con el orden político, social, económico y ecológico que sustenta y se alimenta de la desigualdad (Piketty, 2019).

2. ANTROPOCENO Y CAMBIO CLIMÁTICO: FENÓMENOS AMPLIFICADORES DE LA DESIGUALDAD

Corría el año 2000, y los científicos Paul Crutzen y Eugene Stoermer publican un breve artículo, de solo dos páginas, titulado *“The Anthropocene”*. Mediante el neologismo introducido en este trabajo los autores buscaban dar cuenta de una nueva época geológica caracterizada por el impacto de las actividades humanas sobre el globo (pp.17-18). Concretamente, el Antropoceno corresponde a una nueva época terrestre “dominada por las actividades humanas y sus consecuencias (...) fuera de los márgenes de variabilidad climática que vieron crecer y propagarse a la especie humana” (Gallardo, 2016, p.2).

Al respecto es importante señalar que si bien la abundante literatura científica dedicada al estudio del Antropoceno ubica su origen a fines del siglo XVIII, esta datación aún carece de las condiciones que las ciencias estratigráficas reclaman para el establecimiento de una nueva época geológica. Por lo tanto, pareciera que el Antropoceno más que encontrar su fundamento en el registro estratigráfico, lo halla en la observación directa de los impactos sobre el Sistema Terrestre (Finney & Edwards, 2016, p.4). Sin perjuicio de lo anterior, es necesario destacar que recientemente la subcomisión de Estratigrafía Cuaternaria de la Sociedad Geológica de Londres recomendó, pero

solo preliminarmente, establecer el 16 de julio del año 1945² como fecha de inicio del Antropoceno (Ruddiman, Ellis, Kaplan & Fuller, 2015, p.38). Mas, dicha recomendación no acaba con las discrepancias, pues al analizar el asunto desde otra perspectiva, se presenta la problemática en torno al hecho de ubicar al Antropoceno como una época situada a continuación del Holoceno, o bien, como una nueva edad dentro del Holoceno, con propuestas de origen que van desde finales de la última glaciación hasta inicios de la década de los años 60 (Helmuth, 2017, p.48; Lewis & Maslin, 2015, p.171).

En esta misma línea, Lewis y Maslin sostienen que esta falta de congruencia respecto a las condiciones necesarias para reconocer una nueva época geológica, o para establecer sus orígenes, puede tener implicancias más allá de lo disciplinar o académico. “Por ejemplo, definir una fecha de inicio temprano podría, en términos políticos, ‘normalizar’ el cambio global del ambiente; mientras que un acuerdo de inicio tardío relacionado a la Revolución Industrial podría, por ejemplo, ser usado para atribuir responsabilidad histórica de las emisiones de dióxido de carbono a países o regiones en particular durante la era industrial” (2015, p.171). De hecho, olvidar los orígenes históricos del Antropoceno, asignando a este un principio de naturalización, implica por una parte, reconocer una suerte de inevitabilidad en su despliegue y, por otra, negar las relaciones de poder determinantes de las condiciones naturales y las vulnerabilidades diferenciadas. Específicamente, conceptualizar el Antropoceno como una era coextensiva al Holoceno asienta la idea de que esta nueva época no es más que una suerte de “gradualización” de la precedente. Esto quiere decir que el Antropoceno ya no es comprendido como una ruptura, causada principalmente por la quema de combustibles fósiles, sino como un fenómeno progresivo resultado de la expansión incremental de la influencia humana sobre el paisaje (Malm & Hornborg, 2014, pp.5-6; Hamilton & Grinevald, 2015, pp.8-9).

En este mismo sentido, el rol de la humanidad en el despliegue de esta nueva época, o edad geológica, no debiera ser comprendido de manera

unitaria, ya que ello supone pasar por alto las desigualdades que han de tenerse en cuenta si se quiere efectuar un análisis integral del asunto (Brondizio et al., 2016, p.322). Por ejemplo, la misma palabra Antropoceno da cuenta de esta situación, pues el *anthropos* detonante de esta nueva época no es la civilización que emerge hace 12.000 años, sino la desarrollada a partir del siglo XVIII, más concretamente la que irrumpe desde la segunda mitad del siglo XX (Gran Aceleración)³, y en especial la de los últimos 25 años (responsable de la mitad de todas las emisiones producidas durante la historia humana). La misma que, por adquirir la condición de agente geológico, fue capaz de disolver irrevocablemente la distinción entre historia natural y humana (Chakrabarty, 2009, p.57, Wallace-Wells, 2019, p.83).

De igual manera dicha civilización (la del siglo XXI) tampoco ha de ser conceptualizada como una fuerza geológica actuando como un todo, pues de ser así se esperaría una yuxtaposición entre las tasas de crecimiento poblacional y las emisiones, cuando más bien dichas estimaciones han demostrado la existencia de relaciones inversamente proporcionales.

Lo anterior, porque una parte de la humanidad –coincidente con la más pobre que registra a su vez las más altas tasas de crecimiento poblacional– no participa de la economía de los combustibles fósiles, ya que “la distribución de las tecnologías que depende de los combustibles fósiles coincide, en gran medida, con el poder adquisitivo” (Malm y Hornborg, 2014, pp.3-4). De igual manera, el incremento en las tasas de emisiones registradas a partir de los primeros años del siglo XXI por parte de los países pobres y emergentes –ejemplo de ello es la actual posición detentada por China (30%) como el mayor emisor mundial de gases de efecto invernadero, superando a Estados Unidos (15%) ubicado en el segundo lugar, seguido por India (7%) que registra el tercer lugar⁴ en el ranking (United States Environmental Protection Agency, 2020)– hallan su origen en la mayor producción de bienes exigidos por parte de los países desarrollados (Steffen, Grinevald, Crutzen & McNeill, 2011, pp.853-854).

2 Momento correspondiente al día en que se realizó la primera prueba de la bomba nuclear en Nuevo México, y cuyos subproductos isotópicos dejaron un registro distintivo en los núcleos de hielo, suelo, sedimentos oceánicos y lacustres (Ruddiman et al, 2015, p.38).

3 Segundo periodo del Antropoceno (1945-2000), caracterizado por la notoria amplificación que experimentaron los distintos indicadores asociados al crecimiento económico (Steffen, Crutzen & McNeill, 2007, p.618).

4 Si los países que conforman la Unión Europea son considerados en su conjunto, aquella ocuparía el tercer lugar con un 9% de las emisiones. No obstante, si la lectura se realiza analizando los países individualmente, India queda ubicada en la tercera posición (EPA, 2020).

En este sentido, la “profunda desigualdad global distorsiona la distribución de los beneficios de la Gran Aceleración y confunde los esfuerzos para lidiar con los impactos en el Sistema Terrestre” (Steffen, Broadgate, Deutsch, Gaffney & Ludwig, 2015, p.91). Como tal, el Antropoceno podría entenderse como un fenómeno ocasionado fundamentalmente por los países del norte, resultado “de una particular historia de arreglos económicos y políticos”. Esta es la razón por la cual resulta perentorio comprender el Antropoceno ya no solo desde una perspectiva antropogénica, sino también desde una visión sociogénica⁵, a fin de volver la mirada hacia las diferencias en las relaciones de poder que resultan cada vez más relevantes en la determinación de las condiciones naturales, así como en las vulnerabilidades diferenciadas. De hecho, olvidar los orígenes históricos del Antropoceno, asignando a este un estatus de naturalización, implica reconocer una suerte de inevitabilidad en su despliegue, bloqueando así las perspectivas de cambio (Malm & Hornborg, 2014, pp.5-6). Ello pone en evidencia la importancia que reviste la integración de los distintos saberes y narrativas como condición para el abordaje efectivo de este fenómeno (Brondizio et al., 2016, p.319).

3. POBREZA Y CAMBIO CLIMÁTICO

En este escenario, el cambio climático⁶ antropogénico —comprendido como el aumento anormal de la temperatura ambiental y posicionado como la manifestación más conocida del Antropoceno— no ha hecho otra cosa más que profundizar las cargas sistemáticamente impuestas sobre aquellos y aquellas hombres y mujeres incapaces de participar del competitivo juego de bienes y servicios. En el entendido de que si el cambio climático en particular, así como la crisis ecológica en general, es el resultado del crecimiento desmesurado de una economía que ubica al anhelo como pilar de la realidad (Bauman, 2007), aquel no ha de ser comprendido como una simple externalidad ligada al funcionamiento de la economía de mercado contemporánea, sino más bien como un asunto directamente relacionado al funcionamiento del

modelo que ha pauperizado la vida de millones y expulsado a otros tantos a las calles, o sea, de lo que hablamos cuando hablamos de cambio climático y su abordaje (o cuando nos referimos a la crisis ecológica) es de nada más y nada menos que de un asunto de justicia social de alcance global.

Es por ello que la implementación de los arreglos necesarios para lograr una adaptación profunda a los efectos adversos del cambio climático, nos enfrenta directamente con las desigualdades que hemos desarrollado y normalizado como sociedad. Porque es claro que “para producir una sociedad desigual hay que ‘hacer’ algo, no es un resultado natural. Es igual de natural producir una sociedad muy desigual que una muy igualitaria. Por tanto, se gasta energía (dinero, poder) en producir desigualdad” (Mayol, 2012, p.74), y violencia en mantenerla.

En relación a la cuestión de la violencia, es importante señalar que a diferencia de la decapitación característica de la sociedad de la soberanía dominada por la figura de la sangre; y en contraste, a la deformación presente en la sociedad disciplinaria dirigida por la ortopedia social; la depresión es la forma que toma la violencia en la actual sociedad del rendimiento. Una, en la que cada sujeto compitiendo compulsivamente consigo mismo, gracias a la internalización de una coacción autoimpuesta disfrazada como libertad, desarrolla una relación consigo que toma rasgos autodestructivos (Han, 2016, pp.11, 21, 55, 61, 136). En consecuencia, y considerando que al día de hoy nadie escapa a la figura violenta de la “positividad del *poderlo-todo*” (Han, 2016, p.124), pareciera que:

“En la actualidad todos nos hemos convertido en zombis de rendimiento. Las víctimas de esta violencia sistémica no son los excluidos Homines sacri, sino el sujeto de rendimiento integrado en el sistema, que, como soberano, como empresario de su yo, no está sometido a nadie, y en este sentido es libre, pero a la vez es el Homo sacer de sí mismo” (Han, 2016, p.123).

Sin embargo, hay algunos, a saber, los pobres, y en especial quienes habitan las calles, los que ni siquiera pueden ser categorizados bajo la figura del zombie del rendimiento, o sea, individuos

5 Asimismo, se ha propuesto pensar en términos de Econoceno, a la luz de los efectos de la globalización de la actividad económica. Otras propuestas acuñan los neologismos Capitaloceno y Tecnoceno (Malm & Hornborg, 2014, p.6).

6 Cambio climático “cambio de clima atribuido directa o indirectamente a la actividad humana que altera la composición de la atmósfera mundial y que se suma a la variabilidad natural del clima observada durante períodos de tiempo comparables”. Por efectos adversos del cambio climático se entienden “los cambios en el medio ambiente físico o en la biota resultantes del cambio climático que tienen efectos nocivos significativos en la composición, la capacidad de recuperación o la productividad de los ecosistemas naturales o sujetos a ordenación, o en el funcionamiento de los sistemas socioeconómicos, o en la salud y el bienestar humanos” (ONU, 1992, p.3).

“demasiado vivos para poder *morirse*, y demasiado muertos para poder *vivir*” (Han, 2016, p.197). Por el contrario, aquellos serán conceptualizados como puro *Homine sacri*, seres completamente desechables, “pura vida expuesta a la muerte”, ya que la mercantilización absoluta del mundo “expulsa y aniquila todo lo que no sea trabajo, beneficio, capital, eficiencia y rendimiento” (Han, 2016, p.187). Todos estamos mal, pero pareciera que hay algunos y algunas especialmente mal, o mejor dicho trágicamente mal, a saber, los que experimentan con todo la violencia objetiva, ya en sus formas sistémica o simbólica⁷, impuesta por el capital⁸ (Žižek, 2017, pp.9-10).

Luego, esta violencia generada y normalizada, no solo produce ganadores y perdedores de bienes y servicios, sino que también ganadores y perdedores de las consecuencias ecológicas que la provisión desmesurada de productos, orientados al mejoramiento constante del capital personal, trae consigo, es decir, un *Homine sacri* doblemente expuesto a la muerte, porque

“Los más pobres son quienes viven en las marismas, las zonas pantanosas, los terrenos inundables, los lugares que reciben una irrigación insuficiente con la infraestructura más vulnerable; en conjunto, un inadvertido apartheid medioambiental (...). Aquellos con menor PIB serán los que más se calienten. Y eso a pesar de que, hasta la fecha, buena parte del sur global no ha contaminado tanto la atmósfera del planeta” (Wallace-Wells, 2019, p.36).

Efectivamente, los países más ricos del globo, coincidentes con los que históricamente reportan las más altas tasas de emisiones, mejor capacidad

de adaptación y mitigación, son, a la fecha, los menos perjudicados. Por el contrario, los países más pobres del planeta, cuyas tasas de emisiones constituyen solo una pequeña fracción de la de los países desarrollados, ven significativamente afectadas sus condiciones de supervivencia⁹ –baste para ello atender la plaga de langostas que a inicios de año afectaba a Kenia, Etiopía y Somalia, cuyos trece millones de personas se encontraban, tanto por la plaga como por la vulnerabilidad climática que ya venían experimentando (lluvias escasas, sequías), al borde de la hambruna. De hecho, el aumento de la temperatura en los océanos fue lo que permitió el incremento en la frecuencia de los ciclones que a su vez creó las condiciones favorables para que la plaga se reprodujera (ONU, 2020)–, mas ello, no solo por las consecuencias físicas directas del cambio climático¹⁰, sino también por las crisis políticas¹¹ propiciadas en países con una estructura institucional deficiente, o sea, el clima ha de ser entendido como la chispa que detona el conflicto, ya que son precisamente estas catástrofes las que colocan en evidencia la relación funcional o disfuncional de una sociedad¹² (Welzer, 2010, p.50).

Y son también estos mismos pobres quienes habitarán por obligación las llamadas zonas de sacrificio. Curiosa palabra la empleada para dar cuenta de una realidad que habla lisa y llanamente de cuerpos desechables y sacrificables. ¿Será que el Estado entiende a estos cuerpos a la manera de una ofrenda ritual otorgada a la divinidad ya en su forma de utilidad, modernización, capital o progreso?, ¿una especie de relato de Abraham en pleno siglo XXI?

7 La violencia simbólica corresponde a la “encarnada en el lenguaje y sus formas”, en tanto, la violencia sistémica corresponde a las “consecuencias a menudo catastróficas del funcionamiento homogéneo de nuestros sistemas económico y político” (Žižek, 2017, pp.9-10).

8 Luego, “la esencia de la violencia no tiene nada que ver con la violencia óptica, el sufrimiento, la guerra, la destrucción, etc.; la esencia de la violencia reside en el carácter violento de la imposición/fundación real del nuevo modo de la Esencia – revelación del ser comunitario– en sí misma” (Žižek, 2017, p.71).

9 Situación que también se presenta al interior de países que, pese a ser desarrollados, presentan importantes situaciones de desigualdad. Ejemplo de ello es lo ocurrido el año 2015 en Nueva Orleans a causa del huracán Katrina. A partir de tal experiencia se acuñó el término “refugiado climático”, es decir, “una persona en situación de fuga a causa de un suceso climático. Se estima que unos 250 mil ex habitantes de Nueva Orleans no regresaron a la ciudad tras la evacuación”. Este suceso sirve para ejemplificar la ceguera de la autoridad frente a las advertencias que, desde hace bastante tiempo, se venían formulando respecto al riesgo de inundaciones que podía experimentar esta ciudad (Welzer, 2010, pp.48-49).

10 Tales como: sequías, alteración de la frecuencia de precipitaciones, avance de la desertificación, disminución de fuentes de agua dulce, degradación de los suelos, afectación en el rendimiento de los cultivos, incremento en la ocurrencia de fenómenos meteorológicos extremos, propagación de enfermedades infecciosas, etc.

11 Tales como: migraciones masivas, resurgimiento de nacionalismos, tensiones étnicas, genocidios, guerras por recursos escasos, guerras civiles, conflictos limítrofes, protestas sociales al alza, violencia estatal y extraestatal, terrorismo, etc.

12 Las catástrofes, los desastres y las emergencias se definen de acuerdo al nivel de respuesta social que generan. Por ello el concepto semántico de catástrofe natural no corresponde, porque la naturaleza no es sujeto y como tal no puede experimentar una catástrofe. En estricto rigor solo puede ser considerada como un detonante. Por lo mismo, las consecuencias, por ejemplo, de un huracán o un terremoto dependerán del nivel de organización social. De hecho, el cambio climático no ha de ser considerado como un detonante natural, sino más bien como un proceso antropogénico, pues los procesos de desequilibrio son de origen humano (Welzer, 2010, pp.49, 52).

“Toma ahora tu hijo [le dice el capital al Estado] (...) a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno [tomó las industrias], y tomó consigo dos siervos suyos [en la forma de legislaciones convenientes al “desarrollo”], y a Isaac su hijo [ciudadanos y ciudadanas]; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo [el más conveniente, donde la gente sea pobre, y por lo mismo, con escaso poder político y económico]” (Génesis, 22:2-3).

El asunto, es que aquí la historia cambia, porque no llegó ningún ángel a impedir el sacrificio. No existió ninguna orden que dijera: “Abraham, Abraham (...) no extiendas tu mano sobre el muchabo, ni le hagas nada” (Génesis, 22:11-12). Ilustremos de mejor manera este asunto.

La región de Valparaíso en Chile, incluye dos localidades ubicadas a solo dos horas de Santiago llamadas Quintero y Puchuncaví. En este sector operan algunas de las industrias más grandes y sucias, existiendo alrededor de 20 instalaciones industriales “construidas como parte de los planes estatales para impulsar la producción”. Mismas que haciendo caso omiso de las advertencias relativas a los impactos que sobre las personas y los ecosistemas tiene su funcionamiento, provocaron un proceso de contaminación tan alta que la naturaleza y las personas han terminado por ser expulsadas de los territorios. Un lugar donde “el medio ambiente se rompe sin reparación (...) y la gente es sacrificada” (Larsson, 2020). Así, ya

“A finales de los años 60 hubo informes de muertes de ganado vacuno y caballos, con tierras cada vez más infértiles. Hoy la gente cuenta historias que se han vuelto casi mitológicas, como los ‘hombres verdes’ que trabajaron en la refinera de cobre y luego murieron de cáncer. Según los informes, sus órganos tenían pigmentaciones verdes debido a la contaminación. En 2013, los cuerpos de cuatro trabajadores fueron exhumados; metales pesados como el arsénico y el mercurio se detectaron en sus huesos (...) Las alergias están muy extendidas. A veces, los escolares no pueden pasar sus descansos para almorzar en el patio de recreo porque los niveles de contaminación son demasiado altos. También hay frecuentes accidentes industriales, incluidos tres grandes derrames de petróleo que afectaron la bahía en los últimos seis años” (Larsson, 2020).

De hecho, el nivel de contaminación desarrollado en el “barrio industrial de la costa norte de

Valparaíso” es tal, que organizaciones medioambientales identifican al sector de Quintero-Puchuncaví como el Chernóbil chileno (Larsson, 2020).¹³

Al respecto, baste recordar cómo las noticias del martes 24 de agosto del año 2018 mostraban a más de 40 estudiantes, funcionarios, funcionarias y transeúntes ingresando a los centros asistenciales de Quintero con claros signos de intoxicación. En este escenario, el gobierno junto a declarar alerta amarilla decidió suspender las clases, pero no paralizar el funcionamiento de las fábricas, que por un lado anuncian su compromiso con el medio ambiente, y por otro, lavan sus pecados en países que consideran, prudente y oportuno, sacrificar unas cuantas vidas en nombre del tan anhelado crecimiento y progreso económico. Precisamente en un país que, años más tarde, se posicionaba como el anfitrión de la fallida COP 25.

O sea, es justamente el mismo modelo productivo que luego de empujar hacia los márgenes a los cuerpos incapaces de participar del competitivo juego económico, el que, más temprano que tarde, los grava con los resultados ecológicos de su “progreso”. En otras palabras, los precariza doblemente, primero, cuando los excluye del juego financiero, impidiéndoles muchas veces el acceso a bienes básicos ampliamente privatizados, y luego, cuando los grava con las consecuencias directas de la crisis ecológica asociada al desarrollo del modelo, logrando de esta manera que la vulnerabilidad deje de ser un riesgo para constituirse en un hecho, es decir, ya no serían cuerpos vulnerables sino lisa y llanamente vulnerados. Recordemos que la precariedad:

“Designa una condición impuesta políticamente merced a la cual ciertos grupos de la población sufren la quiebra de las redes sociales y económicas de apoyo mucho más que otros, y en consecuencia están más expuestos a los daños, la violencia y la muerte” (Butler, 2019, p.40).

¿O acaso no es esto lo que nos ha enseñado la pandemia? De hecho, los escenarios que hoy en día, ya por obligación o ya por temor, nos encontramos habitando, podrían ser comprendidos como una suerte de etapa preparatoria para el sufrimiento que el cambio climático traerá consigo. Ya a fines del año pasado más de 11.000 científicos y científicas de todo el mundo advirtieron, explícitamente, que la emergencia climática

¹³ Al respecto, además de la existencia de una amplia literatura que estudia las contaminaciones en Puchuncaví-Quintero, ver Cuadernos Médico Sociales, Vol 59, N° 2: <http://cms.colegiomedico.cl/wp-content/uploads/2020/01/CuadMedSocChile2019592.pdf>. Nota del Editor.

tiene altas probabilidades de llevar a la “humanidad a un sufrimiento indecible” (Ripple, Wolf, Newsome, Barnard & Moomaw, 2019). Y, al igual que la pandemia, este fenómeno no será ni democrático ni igualitario. En la primera línea estarán todas aquellas personas sin la capacidad técnica y financiera para enfrentar los daños y las pérdidas; las que carecen de los medios para proveer de sustento a sus familias; las que se albergan en viviendas sin las condiciones mínimas que garanticen la seguridad de quienes las habitan; las privadas del poder político y económico necesario para exigir el cumplimiento de los acuerdos climáticos firmados por las partes. Asimismo, al interior de este conglomerado, existirá un grupo que experimentará con especial rigor las inclemencias del modelo y del clima, a saber, las llamadas personas de la calle. Porque serán estas, las que sin poder refugiarse en un ambiente adecuado, morirán por el calor, ahogadas por una inundación, víctimas de un diluvio, presas de un incendio o un tornado, afectadas por una enfermedad derivada, directa o indirectamente de las condiciones precedentes, o simplemente al borde de la inanición.

Lamentablemente, y pese a la abundante evidencia científica, los cambios societarios no parecen producirse con la celeridad y magnitud requerida. Ello, debido a que el año 2019 fue el año más caluroso desde que se tienen registros, los gases de efecto invernadero, así como el contenido de calor del océano y el nivel global del mar volvieron a aumentar alcanzando cifras récord. Además, el “Informe especial sobre el océano y la criósfera en un clima cambiante” del IPCC (2019) fue lapidario al respecto, al sostener que los cambios en los océanos ya son irreversibles y continuarán al alza. Por consiguiente, de seguir una trayectoria de emisiones como la actual, posiblemente las zonas de sacrificio dejarán de ser la excepción para convertirse en la norma. Un escenario donde la gente de la calle ya no será la que se quedó sin casa resultado del perverso juego económico, sino a la que lisa y llanamente se le inundó el territorio. Un panorama en el cual Manhattan, Londres, Miami, Bangkok, Shangai, Bombay podrían transformarse en las Atlántidas del siglo XXI, si la plataforma de hielo de Groenlandia continúa su nivel de derretimiento (actualmente se derrite a una velocidad diaria de 1000 millones de toneladas de hielo). Seis metros es la elevación estimada en el nivel del mar en caso de ocurrir el fenómeno antes mentado. ¿Y si subimos la temperatura a tres grados? El nivel del mar podría elevarse hasta 50 e incluso 80 metros. Aquí el mundo se vuelve irreconocible:

Montreal, Florida, Delaware, Luisiana, New Jersey, Carolina del Sur, Rhode Island, Maryland, San Francisco, Sacramento, Nueva York, Filadelfia, Providence, Houston, Seattle, Virginia Beach, Manaus, Buenos Aires, Asunción, Dublín, Bruselas, Ámsterdam, Copenhague, Estocolmo, Riga, Helsinki, San Petesburgo, Estambul, Doha, Dubai, Karachi, Calcuta, y de Bagdad hasta Pekín quedarán sino total, al menos parcialmente sumergidas. En este escenario, quién podrá recibir tal cantidad de contingente humano, el asunto se vuelve simplemente surrealista. Al respecto Naciones Unidas proyecta 200 millones de refugiados climáticos para el año 2050, ubicando el extremo superior de lo que es posible en torno a los 1000 millones o más (Wallace-Wells, 2019, pp.18, 80, 83-84).

La decisión es simple y, a la vez, colmada de complejidades: el capitalismo o el clima. Imagino que la gran mayoría de nosotros y nosotras elegirá el clima. Es imperioso que los Estados, con urgencia, elijan pronto en favor de este, porque “lo que el cambio climático nos tiene preparado (...) no es una Gran Recesión o una Gran Depresión, sino una Gran Agonía (Wallace-Wells, 2019, p.137): muertes por calor, incendios, falta de agua, inundaciones, conflictos bélicos, nacionalismos extremos, aire irrespirable, plagas, hambre, colapso económico, colapso energético, terrorismo y un gran etc., y todas ellas distribuidas, como era de esperar, desigualmente. Una desigualdad que ubicará a los pobres y a la gente de la calle en la primera línea de la eventual catástrofe.

REFERENCIAS

- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Brondizio, E., O'Brien, K., Bai, X., Biermann, F., Steffen, W.,
- Berkhout, F., (...) Chen, CT. (2016). Reconceptualizing the Anthropocene: A call for collaboration. *Global Environmental Change*, 39, 318-327.
- Butler, J. (2019). *Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós.
- Chakrabarty, D. (2009). *Clima e historia: cuatro tesis*. *Critical Inquiry*, 35, 51-68.
- Crutzen, P. & Stoermer, E. (2000). *The “Anthropocene”*. *Global Change Newsletter. The International Geosphere-Biosphere Programme*, 41, 17-18.
- Eckstein, D., Künzel, V., Schäfer, L., Wings,

- M. (2020) Global Climate Risk Index 2020: Who suffers most from extreme weather events? Weather-related loss events in 2018 and 199 to 2018. Berlín: Germanwatch.
- Finney, S. & Edwards, L. (2016). The “Anthropocene” epoch: Scientific decision or political statement? *Geological Society of America Today*, vol. 26(3-4), 4-10.
 - Gallardo, L. (agosto, 2016). Antropoceno en Chile y oportunidades para un desarrollo sostenible y resiliente. Una contribución a la tercera sesión del ciclo de charlas “Reforma Constitucional y Protección del Medio Ambiente: un debate pendiente” organizada por la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, el Centro de Derecho Ambiental, el Centro de Derechos Humanos y el Centro de Ciencia del Clima y la Resiliencia.
 - Hamilton, C. & Grinevald, J. (2015). Was the Anthropocene anticipated? *The Anthropocene Review*, 1-14.
 - Han, B-C. (2016). *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder.
 - Helmuth, T. (2017). El Antropoceno, ¿un concepto geológico o cultural, o ambos? *Desacatos*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Distrito Federal, México. 54 (mayo-agosto), 40-57.
 - Intergovernmental Panel of Climate Change. (2019). Summary for Policymakers. In Pörtner, H.O., Roberts, D.C., Masson-Delmotte, V., Zhai, P., Tignor, M., Poloczanska, E., Mintenbeck, K., Nicolai, M., Okem, A., Petzold, J., Rama, B., Weyer, N. (Eds.). *IPCC Special Report on the Ocean and Cryosphere in a Changing Climate*, 42pp.
 - _____ (2018). Summary for Policymakers. In Masson-Delmotte, V., P. Zhai, H.-O. Pörtner, D. Roberts, J. Skea, P.R. Shukla, A. Pirani, W. Moufouma-Okia, C. Péan, R. Pidcock, S. Connors, J.B.R. Matthews, Y. Chen, X. Zhou, M.I. Gomis, E. Lonnoy, T. Maycock, M. Tignor, and T. Waterfield (Eds.), *Global Warming of 1.5°C. An IPCC Special Report on the impacts of global warming of 1.5°C above pre-industrial levels and related global greenhouse gas emission pathways, in the context of strengthening the global response to the threat of climate change, sustainable development, and efforts to eradicate poverty*, 32pp.
 - Larsson, N. (2020, 24 february). The brutal reality of inside one the world’s most polluted cities. *The Wire*. Recuperado de: <https://www.wired.co.uk/article/chile-quintero-pollution>
 - Lewis, S. & Maslin, M. (2015). Defining the Anthropocene. *Nature*, vol. 519, 171-180.
 - Malm, A. & Hornborg, A. (2014). The geology of mankind? A critique of the Anthropocene narrative. *The Anthropocene Review*, XX(X), 1-8.
 - Mayol, A. (2012). El derrumbre del modelo: la crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo. Santiago de Chile: LOM.
 - Organización de las Naciones Unidas (2020, 10 de febrero). La plaga de langostas del desierto pone en riesgo la alimentación de millones de personas. ONU. Recuperado de: <https://news.un.org/es/story/2020/02/1469391>
 - _____ (1992). Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático. Recuperado de: http://unfccc.int/portal_espanol/informacion_basica/la_convencion/items/6196.php
 - Piketty, T. (2019). *Capital e ideología*. Buenos Aires: Paidós.
 - Reina-Valera. (1960). *Santa Biblia*. Sociedades Bíblicas Unidas.
 - Ripple, J., Wolf, C., Newsome, T., Barnard, P., Moomaw, W. (2019). World Scientists’ Warning of a Climate Emergency. *BioScience*, 70(1), 8-12.
 - Ruddiman, W., Ellis, E., Kaplan, J. & Fuller, D. (2015). Defining the epoch we live in is a formally designated “Anthropocene” a good idea? *Science*, 348(6230), 38-39.
 - Steffen, W., Broadgate, W., Deutsch, L., Gaffney, O. & Ludwig, C. (2015). The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration. *The Anthropocene Review*, 2(1), 81-98.
 - Steffen, W., Grinevald, J., Crutzen, P. & McNeill, J. (2011). The Anthropocene: conceptual and historical perspectives. *Philosophical Transactions of The Royal Society A: Mathematical, Physical and Engineering Sciences*, 369, 842-867.
 - Steffen, W., Crutzen, P. & McNeill, J. (2007). The Anthropocene: Are humans now overwhelming the great forces of nature? *Ambio*, 36(8), 614-621.
 - United States Environmental Protection

- Agency. (2020). Global Greenhouse Gas Emissions Data. Recuperado de: <https://www.epa.gov/ghgemissions/global-greenhouse-gas-emissions-data>
- Wallace-Wells, D. (2019). El planeta inhóspito: la vida después del calentamiento. Barcelona: Debate.
 - Welzer, H. (2010). Guerras climáticas: por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI. Buenos Aires: Katz Editores.
 - Žižek, S. (2017). Sobre la violencia. Barcelona: Paidós.

